

El arte de escribir



El arte de escribir

Arthur Schopenhauer

Traducción
de
Miguel A. Álvarez

Uetraherido



Primera edición: septiembre de 2023
Selección de ensayos de Arthur Schopenhauer
© de la traducción: Miguel A. Álvarez, 2023
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001
www.editorialletraherido.com
ISBN: 978-84-126665-4-0
Depósito legal: AS 01822-2023
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.
Imagen de la cubierta: *Typewriter under the light*, E.L.
Impreso en España por Safekat

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

El arte de escribir

SOBRE LOS AUTORES

Hay sobre todo dos clases de escritores. Aquellos que escriben porque tienen algo que decir y aquellos que escriben por escribir. Los primeros han tenido ideas o experiencias que les parecen dignas de comunicarse, los segundos necesitan dinero y por eso escriben, por ánimo de lucro. Piensan para escribir. Usted los puede reconocer por el hecho de que estiran sus ideas todo lo que pueden, porque sus ideas son verdades a medias, lúgubres, forzadas y vacilantes, intentan pasar por lo que no son y sienten aversión total a decir algo directamente, razón por la que a lo que escriben le falta claridad y concreción. Usted rápidamente puede ver que escriben simplemente para llenar las hojas y, tan pronto como lo ve, debería dejar el libro, porque el tiempo es oro. Esto a veces pasa con los mejores autores, por ejemplo con la *Dramaturgie* de Lessing e incluso con muchos de los escritos de Jean Paul. La verdad es que cuando un autor escribe para llenar las hojas está engañando al lector, porque escribe bajo el pretexto de que tiene algo que decir.

Escribir por dinero y los derechos de autor es en el fondo la ruina de la literatura. Solo escribe algo digno de

ser escrito aquel que escribe exclusivamente porque tiene algo que decir. ¡Qué maravilla si en cada rama de la literatura solo hubiera unos pocos libros, pero soberbios! Es como si hubiera una maldición en el dinero: todo escritor escribe mal tan pronto como empieza a escribir por dinero. Las grandes obras de la humanidad pertenecen todas a una época en la que los autores escribían gratis o por muy poco dinero. Así que aquí también vale el proverbio español: Honra y provecho no caben bajo el mismo techo¹. El motivo por el que la literatura es un páramo hoy en día es simplemente que la gente escribe libros para ganar dinero. Un hombre que necesita dinero se sienta y escribe un libro y el público es suficientemente estúpido para comprarlo. La consecuencia es la ruina del lenguaje.

Una multitud de escritores pésimos vive exclusivamente por el deseo estúpido del público de no leer nada que no haya sido impreso recientemente: los periodistas. En inglés la palabra significa «jornaleros²». ¡Bien dicho!

Más de nueve de cada diez hombres y mujeres ciertamente no leen nada que no sean periódicos y en consecuencia modelan su ortografía, gramática y estilo casi exclusivamente con ellos e incluso, en su simplicidad, consideran el asesinato del lenguaje que acontece en ellos como economía de expresión, una característica elegante y una innovación ingeniosa; de hecho, la gente joven de las profesiones incultas considera el periódico una autoridad, simplemente porque está impreso. Por esta razón, el estado debería tomar medidas para asegurarse de que

1 En español en el original. Nota del traductor. Si no se dice nada en contrario todas las notas son del traductor.

2 *Journalists*, en inglés. La palabra «*Journalist*» también existe en alemán, pero solo con la acepción de periodista.

los periódicos estén totalmente libres de errores lingüísticos. Debería haber un censor que, en lugar de recibir un salario, recibiera un *louis d'or* por cada palabra mutilada u objetable estilísticamente, error gramatical o sintáctico y preposición mal empleada, que descubriera; y tres *louis d'or* por cada instancia de burla impúdica al estilo y la gramática, y el doble por cada repetición. Las sumas deberían salir de los criminales. ¿O acaso el lenguaje es algo sin importancia, una bagatela que no merece la protección de la ley, de la que disfruta incluso un muladar? ¿Qué va a ser del lenguaje si a cualquier plumilla se le otorga el poder discrecional de hacer lo que sea que le dicte el capricho y la estupidez?

Se puede decir que hay tres clases de autores. Primero, están aquellos que escriben sin pensar. Escriben de memoria, de sus recuerdos, o incluso sobre los libros de otros. Esta clase es la más numerosa. Segundo, están aquellos que piensan mientras escriben. Piensan para escribir. Muy comunes. Tercero, están aquellos que han pensado antes de empezar a escribir. Escriben simplemente porque han pensado. Extremadamente raros.

Los autores de la segunda clase, aquellos que no piensan hasta que se sientan a escribir, son como un cazador que procede al azar, no es probable que regrese a casa con una gran pieza. Por el contrario, cuando un autor de la tercera clase escribe es como una *battue*. Aquí las presas han sido previamente encerradas en un pequeño terreno, del que se les permite salir a otro, también confinado, cierto número de cada vez. Es imposible que el cazador no se lleve a casa un buen botín, todo lo que tiene que hacer es apuntar y disparar, en otras palabras, escribir sus pensamientos. De este tipo de cacería nunca se vuelve con las manos vacías.

Pero incluso entre el pequeño número de escritores que realmente piensan seriamente antes de sentarse a escribir, hay extremadamente pocos que piensan sobre el tema en cuestión, el resto solo piensa en libros, concretamente en lo que otros han dicho sobre el tema. Esto equivale a decir que para pensar requieren el estímulo poderoso de las ideas de otros autores. Estas ideas se convierten entonces en su tema inmediato, de forma que están constantemente bajo su influencia y consecuentemente nunca consiguen ser verdaderamente originales. Por el contrario, a la minoría mencionada el mismo tema los estimula a pensar, de forma que su pensamiento está dirigido directamente a él. Solo entre estos se descubre a los escritores que duran y se vuelven inmortales.

Solo merece la pena leer a aquel que saca lo que escribe de su propia cabeza.

Huelga decir que yo estoy hablando aquí de escritores que se ocupan de los grandes temas, no del arte de destilar brandy.

A menos que un autor extraiga el material con el que escribe de su propia cabeza, es decir, de sus propias observaciones, no merece la pena leerlo. Los fabricantes de libros, los compiladores, los escritores de historia corrientes y molientes y muchos otros de la misma clase, sacan su material directamente de los libros y este va directamente a las puntas de sus dedos sin ni siquiera molestarse en examinarlo mientras pasa por su cabeza, por no hablar de elaborarlo o revisarlo. ¡Qué listos serían muchos eruditos si supieran todo aquello que está en sus propios libros! El resultado es que estos escritores hablan con una vaguedad y ligereza tan grandes que el lector se tiene que romper la cabeza para saber qué piensan realmente. ¡No piensan

nada! De cuando en cuando puede suceder que el libro que copian se haya escrito siguiendo exactamente el mismo método, con lo que este tipo de escritura es como un molde y al final lo que queda de su Antínoo es el perfil del rostro, apenas reconocible. Hay que leer tan pocas compilaciones como sea posible, pero es difícil esquivarlas por completo, ya que suelen incluir los libros de texto que contienen, en un pequeño espacio, el conocimiento acumulado de siglos.

No hay mayor error que suponer que la última obra es siempre la más correcta, que lo que se ha escrito después es siempre mejor que lo que se ha escrito antes y que el cambio siempre significa progreso. Los pensadores verdaderos, las personas de juicio, la gente que se toma el tema en serio, son todas excepciones. La mediocridad es la norma en todo el mundo y siempre está alerta y dispuesta a coger las opiniones maduradas por los pensadores y buscar infatigablemente la forma de mejorarlas, a su manera.

Si el lector desea estudiar algún tema, que se cuide mucho de correr en pos del último libro sobre él y limitar su atención solo a él, bajo la premisa de que la ciencia siempre avanza y que los libros nuevos se han basado en los viejos. Sí, se han basado en ellos, pero ¿cómo? El escritor de un libro nuevo frecuentemente no entiende bien los libros viejos, por lo que es reacio a copiar sus palabras exactas, que retuerce sin piedad para decir de mala manera eso que había sido dicho mucho mejor y con más claridad por los escritores antiguos, que escribieron a partir de su conocimiento inmediato del tema. El escritor actual normalmente omite lo mejor que aquellos dijeron, los comentarios certeros y las ilustraciones conmovedoras, porque no comprende su valor ni qué fecundos son. Lo único que lo atrae es lo superficial e insípido.

A menudo sucede que un libro viejo y excelente es desterrado por los nuevos y malos, que, escritos por dinero, aparecen dándose muchos aires de grandeza y son alabados por los amigos del escritor. En las ciencias, el hombre intenta dejar huella produciendo algo nuevo. Por norma esto significa que va atacar cualquier teoría correcta que está en vigor, con el propósito de hacer sitio a sus nociones erróneas. A veces la intentona tiene éxito por un tiempo, antes de que se regrese a la teoría vieja y correcta. Estos innovadores no se toman en serio nada que no sean ellos mismos; eso es lo que quieren fomentar, a sí mismos, y consideran que la forma más rápida de hacerlo es con una paradoja. Sus cabezas estériles eligen espontáneamente el camino de la negación, así que empiezan a negar las verdades que llevan mucho tiempo en vigor, por ejemplo, la fuerza vital, el sistema nervioso simpático, *generatio equivoca*, la distinción de Bichat entre el efecto de las pasiones y la inteligencia; y cuando no niegan pretenden que regresemos a un atomismo vulgar y otras cosas por el estilo. Así no es raro que el curso de la ciencia sea regresivo.

A esta clase de escritores pertenecen los traductores que no solo traducen al autor en cuestión sino que lo corrigen y revisan, un proceder que siempre me ha parecido el colmo de la impertinencia. A estos traductores yo les digo: ¡Escribid vosotros algo que sea digno de ser traducido y dejad las obras de otros como están!

Si puede, el escritor debería estudiar a los autores verdaderos, los hombres que han fundado y descubierto algo, y también a aquellos que son reconocidos como grandes maestros en cada rama del conocimiento. Y, a ser posible, es mejor que los lea en libros de segunda mano que en ediciones recientes. Es más fácil añadir algo a lo

ya inventado que inventar algo —*inventis aliquid addere facile est*—, en consecuencia el estudiante primero debe dominar las nociones básicas de su materia, solo luego estará capacitado para abordar los últimos descubrimientos en ese campo. Pero con independencia de la materia, se puede decir con carácter general que si algo es nuevo, raramente es bueno; pero si es bueno, lo es solo por un breve período de tiempo.

El título es a un libro lo que la dirección a una carta; en otras palabras, su objetivo principal debe ser llevar el libro a su destinatario, a aquellas personas que se interesarán por su contenido. Por lo tanto debería ser expresivo y, como debido a su naturaleza debe ser corto, debería ser conciso, lacónico, certero y si fuera posible debería transmitir el contenido con una palabra. Un título largo es malo y también uno que no dice nada, o es oscuro y ambiguo; hay títulos falsos y equívocos, con los que se corre el riesgo de que el libro comparta el destino de las cartas que llevan una dirección equivocada. Los peores títulos de todos son los robados, me refiero a aquellos que ya han ostentado otros libros, porque se trata de plagio en primer lugar y en segundo porque son la prueba incontrovertible de la falta absoluta de originalidad del autor. Un hombre que carece de la originalidad necesaria para dotar de un título nuevo a su libro, también será incapaz de dotarlo de contenido nuevo. A la categoría de títulos robados pertenecen también aquellos que son imitaciones, esto es, robados en parte. Por ejemplo, tiempo después de que yo hubiera escrito mi tratado *Sobre la voluntad en la naturaleza*, Oersted escribió un libro titulado *Sobre la mente en la naturaleza*.

Un libro nunca puede ser más que una reproducción de los pensamientos de su autor. El valor de dichos pensa-

mientos reside o en la materia, es decir, en aquello sobre lo que el autor ha pensado, o en la forma, es decir, en cómo ha tratado la materia, o sea, lo que ha pensado sobre ella.

La materia de los libros es muy variada, como lo son las ventajas que otorga a los libros. Por materia yo me refiero a todo lo que está dentro del dominio de la experiencia real, es decir, los hechos de la historia y de la naturaleza, tomados por sí mismos en el sentido más amplio. El tema sobre el que versa el libro le da su carácter peculiar, por lo cual un libro puede ser importante con independencia de quién lo escriba. En cambio, en relación con la forma, la calidad característica reside en el sujeto. Los tópicos tratados en el libro pueden ser accesibles y familiares para todo el mundo, pero es la forma en que se comprenden, el qué del pensamiento, la que otorga aquí el valor y esta reside en el sujeto. En consecuencia, si un libro de este tipo es admirable y único, también lo es su autor; de donde se sigue que el mérito de un escritor que merece la pena ser leído es más grande cuanto menos deba a la materia, y cuanto más general y común sea esta. Así, por ejemplo, los tres grandes dramaturgos griegos empleaban la misma materia.

Por eso cuando un libro se vuelve famoso usted debería distinguir si se debe a su materia o a su forma.

Libros de mucha importancia en virtud de su materia pueden estar firmados por gente muy ordinaria y superficial, debido al hecho de que solo ellos han tenido acceso a la materia en cuestión; por ejemplo, libros que describen viajes a tierras lejanas, fenómenos naturales extraños o experimentos; o sucesos históricos de los que el escritor fue testigo o cuyos documentos originales ha estudiado concienzudamente durante mucho tiempo.

Por otro lado, cuando la materia es accesible para todo el mundo o muy conocida, todo depende de la forma y lo que se piensa sobre la materia le dará al libro su valor. Aquí solo una persona realmente distinguida será capaz de producir algo digno de ser leído, porque los demás solo pensarán aquello que cualquiera puede pensar. Es decir, solo producirán una impresión de sus propias mentes, pero esa es una impresión de la que todo el mundo tiene un original en la suya.

El público está mucho más interesado en la materia que en la forma y por esta razón carece de un alto grado de cultura. Revela esta inclinación del modo más ridículo posible con cómo se acerca a las obras poéticas, indagando meticulosamente en los sucesos reales o circunstancias personales que ocasionaron la obra, que para el público se vuelven más interesantes que la obra misma, con lo cual lee más sobre Goethe que a Goethe y estudia a Fausto más asiduamente que el *Fausto*. Bürger dijo una vez: «Intentarán saber investigando quién fue realmente Leonor», y nosotros hemos visto que esto se ha hecho realidad en el caso de Goethe, sobre cuyo Fausto y la leyenda vinculada con él tenemos ahora a nuestra disposición muchísimos tratados eruditos. Esta preferencia por la materia en detrimento de la forma es como si un estudioso del arte ignorara la forma y el dibujo de una hermosa vasija etrusca para llevar a cabo un análisis químico del pigmento y la arcilla.

La distinción entre materia y forma a la que he aludido aquí, también es válida para las conversaciones. Las principales cualidades que hacen a un hombre capaz de conversar bien son la inteligencia, el discernimiento, el ingenio y la espontaneidad, que proporcionan la forma de la conversación. Pero cuando conocemos a alguien no suele

pasar mucho tiempo antes de que haya que preguntarse cuidadosamente sobre qué temas es posible conversar con él, es decir, sobre su conocimiento. Si el conocimiento es muy limitado, la conversación de un hombre no merecerá la pena, a menos que posea en alto grado las cualidades anteriormente mencionadas, porque no tendrá nada de lo que hablar, excepto de aquellas cosas de la vida y la naturaleza que todo el mundo sabe. Y a la inversa, cuando un hombre carece de estas cualidades formales, pero tiene un conocimiento vasto que hace posible la conversación. En este caso el valor de la conversación dependerá completamente del tema en cuestión, porque como dice el proverbio español: «más sabe el necio en su casa que el sabio en la ajena»³.

3 En español en el original.